

## LA PERFECCIÓN DEL CRISTIANO «ANIMADO POR EL ESPÍRITU» Y SU ACCIÓN EN EL MUNDO, SEGÚN SAN PABLO

*Tres pasajes de San Pablo iluminan especialmente el problema de la perfección del laico --«hijo de Dios movido por el Espíritu» (Rom 8,14)-- en el mundo. Cristo ora al Padre por sus apóstoles y con mayor razón por el laico: «El mundo los aborreció porque no eran del mundo, como yo no soy del mundo», y sin embargo, «no pido que los tomes del mundo, sino que los guardes del Malo»; en efecto, «como tú me enviaste al mundo, así yo los envié a ellos al mundo» (Jn 17, 14-18).*

*La perfección del cristiano «animado por el Espíritu» y su acción en el mundo, aparecido en el volumen « La vida según el Espíritu» de I. De la Potterie y S. Lyonnet, Ediciones Sígueme, Salamanca (1967) 249-274*

### RELACIONES ENTRE EL CRISTIANO Y EL MUNDO

#### Planteo del problema

San Pablo (1 Cor 8) a propósito de la superioridad de la virginidad generaliza el problema ampliándolo a las relaciones entre el cristiano y el mundo. La solución que da, muestra la novedad del cristianismo respecto al judaísmo.

En efecto, todo judío fiel a la ley debía rechazar todo contacto con el paganismo. Incluso Pedro necesitó una orden formal de Dios para acudir junto al centurión Cornelio "hombre piadoso" que "hacía muchas limosnas al pueblo y oraba a Dios continuamente" (Act 10, 2). Se siente obligado a dar una explicación ante el escándalo de los que le acompañaban: "Bien sabéis cuán ilícito es a un hombre judío llegar a un extranjero o entrar en su casa, pero Dios me ha mostrado que a ningún hombre debía llamar manchado o impuro, por lo cual, sin vacilar, he venido, obedeciendo al mandato" (Act 10, 28-29).

Pero poco más tarde, los titubeos de Pedro y Bernabé ante las presiones de los judaizantes que rehúsan sentarse a la mesa con los convertidos del paganismo, obligan a Pablo a atajar públicamente lo que ponía en peligro la libertad cristiana y la "verdad del evangelio" (Gál 2, 11-14).

#### Principio Paulino

En este ambiente se comprenderá mejor la importancia del principio que Pablo enuncia: "Cada uno ande según el Señor le dio y según le llamó" (1 Cor 7, 17). "Cada uno permanezca en el estado en que fue llamado" (v 20). "Persevere cada uno ante Dios en la condición en que por él fue llamado" (v 24).

Con este principio San Pablo aclara la diferencia entre la nueva religión y el judaísmo, que exigía a los convertidos del paganismo no sólo rechazar lo propio del paganismo sino también un cambio en su estado de vida. Pablo exige renunciar a las costumbres

paganas (cfr 1 Cor 5, 1 ss.; 6, 9 ss.), pero no impone el cambio en el estado de vida, sino que aconseja la permanencia en el estado en que fueron llamados a la fe, dado que éste no pone en peligro la fe o las costumbres.

Un caso típico, por ser extremo, es el de la esclavitud. San Pablo aplica a este caso especial el principio general que ha enunciado: "Que cada uno permanezca en el estado en que fue llamado. ¿Fuiste llamado siendo esclavo? No te dé cuidado y, aun pudiendo hacerte libre, aprovéchate más bien de tu, servidumbre" (1 Cor 7,20-21).

Tal consejo ha motivado el escándalo en algún autor moderno que ha concluido que el cristianismo se desinteresaba de toda promoción social (F. Büchsel). Para suprimir el fundamento de tales acusaciones hay que darse cuenta exacta del verdadero problema que se planteaba en la comunidad de Corinto a la que San Pablo escribe ofreciendo una solución. El Apóstol no considera la condición del esclavo como algo bueno ni como preferible a la condición del hombre libre. Tampoco es su intención prohibir al esclavo cristiano que acepte la libertad si tiene ocasión de ello. El único motivo que, en este caso, motiva el consejo, es mostrar la diferencia entre la ley de Cristo y la ley judía: es posible al cristiano aspirar a la perfección permaneciendo inserto en la sociedad y ocupando el mismo lugar que ocupaba antes.

### **Testimonio cristiano**

La consecuencia es obvia: el esclavo -y todo cristiano- se convierte en su propio ambiente en un testigo vivo de Cristo sin cambio externo; pero en su interior su conducta, transformada radicalmente, se extenderá a todo sin excepción. Su actividad es idéntica a la del pagano, pero ahora es fruto de un espíritu nuevo (v 30-31). Más aún: se entregará a esta actividad con más seriedad y sinceridad, porque ya no le guía el amor propio, sino el mismo amor con que Dios y Cristo nos aman y que le ha sido comunicado precisamente en su conversión al cristianismo.

No es casual que San Pablo enuncie este principio a propósito de la virginidad y lo aplique al amor conyugal cristiano, porque es el campo donde mejor se asume y transforma la realidad de este mundo. Cristo hace de una realidad carnal un sacramento portador del Espíritu, y toma el amor conyugal como símbolo del amor más espiritual; el amor de Cristo a su Iglesia (Ef 5,25).

La perfección del cristiano, lejos de separarle del mundo, le permite encarnarse en él y transformarlo.

### **CRISTIANISMO: ¿EVASIÓN O COMPROMISO?**

La misma enseñanza encontramos cuando San Pablo trata de la esperanza cristiana (Col 3, 1-24). Este lugar, mal interpretado, ha dado pie para acusar al cristianismo de religión de evasión: pensar en las cosas de arriba, no en las de tierra. Idea que recogida por la liturgia induce, a primera vista, a olvidar este mundo de miseria y de dolor. Así entendido, el "pensamiento del cielo" sería una alienación, y la religión el *opio del pueblo*.

## Crítica de un falso espiritualismo

Pero esta interpretación es una caricatura. La afirmación paulina hay que entenderla en su contexto, y más en este caso, en que San Pablo precisa qué entiende por "las cosas de arriba", que debe buscar el cristiano y "las cosas de abajo", a las que debe renunciar. En primer lugar explica: "Mortificad vuestros miembros terrenos: fornicación, impureza, pasiones, malos deseos y la codicia, que es una idolatría" (v 5). Y añade: "Ira, indignación, maldad, maledicencia, torpe lenguaje" (v 8) declarando a continuación: "No os engañéis unos a otros" (v 9) porque "somos miembros unos de otros" (Ef 4, 25). En resumen, es "el hombre viejo con todas sus obras" lo que hay que despreciar.

Este es también el sentido de los textos litúrgicos que están inspirados en San Pablo.

Igualmente, las "cosas de arriba" que el cristiano debe buscar, son las cosas propias del "hombre nuevo" en constante renovación "según la imagen de su Creador" (Col 3,10), por esto Pablo exhorta incesantemente a esta renovación: "Vosotros, pues, como elegidos de Dios, revestíos de entrañas de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, longanimidad, soportándoos y perdonándoos mutuamente siempre que alguno diera a otro motivo de queja. Como el Señor os perdonó, así también perdonaos vosotros. Pero, por encima de todo esto, vestíos de la caridad, que es vínculo de perfección" (v 12-14).

San Pablo, pues, no exhorta al cristiano a la evasión, sino a vivir una vida celeste inmersa en la ciudad terrestre "mortificando sin cesar las obras de la carne con el Espíritu" (Rom 8,13) sin desertar de la ciudad terrena, puesto que la "construye", ya que sólo "la caridad edifica" (1 Cor 8, 1) una ciudad conforme a la naturaleza del hombre, imagen y semejanza del Dios-Amor, y hecho, por consiguiente, para amar.

El mismo sentido tienen las expresiones litúrgicas inspiradas en San Pablo. En la antifona para la comunión de la Vigilia Pascual pedimos a Dios el espíritu de su amor, para que, los que hemos sido alimentados con los misterios de la pascua, participemos de su misericordiosa compasión. Así, se establecerá la perfecta armonía de la primera comunidad cristiana (Act 4, 32) en una "comunión fraterna" (2, 42) que se traducía en los actos concretos de la existencia cotidiana (2, 42; 4, 34-35). De igual modo la fórmula del *Sacramentario leonino* para la festividad de la Ascensión "Concedenos, Señor, no gustar las cosas terrenas sino amar las celestiales, para que caminando entre las cosas que pasan nos adhiramos ya ahora a las eternas". La misma fórmula encontramos en la oración del cuarto domingo después de pascua, que nos ayuda a comprender la petición de la Iglesia en la fiesta de la Ascensión: que habitemos con Cristo, en el Espíritu, en los cielos.

A los cristianos, pues, no se les pide desinteresarse del mundo, sino que lo transformen todo en "cosas de arriba", tarea exigida por los profetas, por Cristo y sus apóstoles, para que la injusticia, la violencia, el odio, el egoísmo, dejen paso a la justicia, al perdón y al amor, y sirvan así a los hombres y a Dios, en vez de servirse de ellos. Así, las tareas temporales dejan de ser profanas porque van encaminadas a organizar la sociedad según los planes de Dios.

## **San Pablo y la esclavitud**

Muchos reprochan a San Pablo que no haya condenado las estructuras sociales de su tiempo. No obliga a los señores cristianos a dar libertad a sus esclavos, ni siquiera a Filemón en favor de su esclavo Onésimo. Es cierto, pero le escribe así: "Tal vez se te apartó por un momento para que por siempre le tuvieras, no ya como siervo, antes, mas que siervo, hermano amado" (Fil. 15-16).

Aquí San Pablo ha quebrantado el fundamento de la estructura social injusta, porque si Onésimo es para su dueño "hermano muy querido" su condición servil ha cesado, antes que la ley ratifique su libertad. Si esta ley tarda en llegar, habrá que concluir que los miembros de esta sociedad no son cristianos más que de nombre.

San Pablo ha enseñado: "Pasa la figura de este mundo" (1 Cor 7, 31) y luego "la colaboración en un mundo destinado a perecer" parece una tarea inútil. Pero también afirma que "la caridad permanece" (1 Cor 13, 13) y esta caridad pertenece a las "cosas de arriba" que el cristiano debe buscar en su actividad terrena, porque con ellas "se edifica sobre la tierra el cuerpo de Cristo" que ya "se halla en los cielos".

Por tanto, todo lo que contribuya a la construcción de este cuerpo tiene valor eterno, no sólo como mérito sino como una realización por sí misma imperecedera. La caridad permanece. La ciudad bienaventurada no sustituye a la ciudad fraternal que la caridad anticipa invisiblemente aquí abajo; más bien la completa, la totaliza en la luz.

## **COMPROMISO CON EL MUNDO DE LA MATERIA**

Es en su carta a los Romanos donde San Pablo nos abre horizontes todavía más vastos: "la búsqueda de las cosas de arriba" sirve de estímulo para discernir un valor de eternidad incluso en el universo de la materia "destinado a perecer" en apariencia.

## **Valor escatológico del cosmos**

El universo es, ciertamente, un elemento precioso porque es el medio donde el hombre con su actividad logra la perfección a la que Dios le ha llamado, pero terminada su misión es un instrumento inútil que hay que abandonar.

Más de un cristiano piensa que lo único importante es la salvación del alma, a la que todo debe sacrificarse. Pero el cristianismo enseña que la salvación del alma es parte de un conjunto más vasto que incluye la resurrección del cuerpo y una misteriosa transformación del universo material, que insinúa San Pablo al hablar de una esperanza del *cosmos*. La creación entera participará un día de la libertad de los hijos de Dios. "La ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquél que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta ahora y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo" (Rom 8, 19-23).

## **Resurrección de la carne**

El Espíritu es el que "dará vida a nuestros cuerpos mortales" (v 11) y seremos un día "glorificados con Cristo" de la misma forma que lo fue él, o sea en cuerpo y alma (v 17) y esta "gloria" del Cristo pascual, que se revela en su cuerpo y en su alma "se ha de manifestar en nosotros" (v 18). Afirmación que ilumina el sentido de la "redención de nuestro cuerpo". (v 23).

El cuerpo no es, pues, solamente instrumento de salvación, sino también *sujeto* de salvación, porque es parte del universo llamado a participar de la condición de la "libertad" propia de "la gloria de los hijos de Dios". El día de la parusía, cuando Cristo pueda "someter todo a quien a él todo se lo sometió para que sea Dios todo en todas las cosas" (1 Cor 15,28) el universo material no asistirá como mero expectador, como si ya hubiese acabado su papel, sino' que tomará parte activa. No será "aniquilado" sino transformado y glorificado a su manera. San Pablo afirma el hecho pero nada dice del "cómo", ni en qué consistirá ese estado futuro del universo. Su participación en la libertad de los hijos de Dios será a su modo, realmente muy misterioso. Esta doctrina es de orden religioso, no científico.

Por su naturaleza, el universo y el cuerpo humano están destinados a la muerte. Pero la fe nos enseña que Dios no ha creado nada para la muerte, e incluso, que, a pesar del pecado y gracias a la redención de Cristo, todo está ordenado a la vida, si el hombre no la rechaza. Sabemos, por la fe, que el cuerpo humano, a pesar de que es polvo, está llamado a participar de la gloria de Cristo resucitado, y que este privilegio no es exclusivo del cuerpo, sino que, guardadas las debidas proporciones, se extiende a todo el universo.

A los colosenses y efesios les expone la misma doctrina: la creación entera, no sólo la humanidad, "ha sido creada por Cristo y para Cristo" (Col 1, 16) y "en él subsisten" (v 17). "En él -comenta el P. Huby- han sido creadas todas las cosas, él es el principio mismo de su existencia, el centro supremo de unidad, de armonía, de cohesión, el que da al mundo su sentido y su valor y, por tanto, su realidad".

Los Padres de la Iglesia -griegos y latinos- comentando la carta a los romanos, subrayan todos la profunda unidad de toda la creación, víctima del pecado del hombre y destinada a un final glorioso. Así San Ambrosio: "En Cristo ha resucitado el mundo, el cielo ha resucitado, ha resucitado la tierra. Habrá un cielo nuevo y una nueva tierra" (De fide resurrectionis: PL 16, 1403).

Concluyendo: el cristiano no puede despreciar un mundo que, como el cuerpo, al estar destinado a la "gloria" adquiere una dignidad singular y como una especie de consagración.

## **Valor cristiano del trabajo**

Por la misma razón, el trabajo del hombre para dominar el universo poniéndolo a su servicio, consiste en aproximarle al fin para el que fue creado, lo cual equivale, a "espiritualizarlo". Esta actividad del hombre adquiere, pues, un auténtico valor de eternidad. Es cierto que el trabajo es para el hombre el medio para desarrollar su

personalidad, para "ganarse la vida" y un medio también de expiación y purificación: "comerás el pan con el sudor de tu frente" (Gen 3, 19); pero es también con anterioridad, en el plan de Dios, un medio humano de contribuir al perfeccionamiento de la creación y de completar así la obra de Dios.

Por tanto, toda nueva conquista del universo por el hombre, aun, cuando el hombre pecador puede hacer mal uso de ella, entra de lleno en el plan de Dios. Esto explica que Juan XXIII, ante la sorpresa o quizá escándalo de algún auditor, exaltara la empresa de los astronautas soviéticos en su primer viaje espacial, y mostrara en otra ocasión la alegría de la Iglesia ante todo progreso científico, técnico, económico, social, etc. (L'Osservatore Romano, 24-25 XII (1962).

Resulta de todo esto que el futuro del universo está estrechamente ligado al futuro del hombre y, consiguientemente, toda conquista del universo debe encaminarse a la salvación del hombre, es decir, a instaurar en él el reino de la caridad. De lo contrario, si tendiese a reforzar la tiranía del egoísmo, no haría sino contribuir a la ruina del hombre y del mismo universo.

## **Conclusión**

Así, pues, el cristiano, ciudadano del cielo, no debe en manera alguna evadirse del mundo. Más aún, precisamente porque es ciudadano del cielo ve obligado a comprometerse en una tarea mundana que depende de él en cuanto a la consecución de su fin.

La perfección para el hombre griego consistía en la imitación de Dios: desligándose del mundo de la materia, por su inteligencia aspiraba a participar de la inmaterialidad del "acto puro". Para el cristiano la perfección es también la imitación de Dios, que por amor se ha hecho hombre y ha muerto por los hombres.

La relación del hombre con el mundo viene a ser para el cristiano la condición, el clima de una vida consagrada a "hacer bien", participando así del designio salvífico de Dios, que empezó con la creación del universo (Gen 1,1) y tendrá su fin en la parusía (Apoc 22, 20), cuando el Hijo "sujetará todo a quien a él todo se lo sometió, para que sea Dios todo en todas las cosas" (1 Cor 15,28).

**Tradujo y condensó: LUIS COLOM**